

BLAKE CROUCH

# MATERIA OSCURA

Traducción del inglés

Noemí Risco Mateo

 NOCTURNA  
EDICIONES

Título original: *DARK MATTER*

© de la obra: Blake Crouch, 2016

© de la traducción: Noemí Risco Mateo, 2017

© de la presente edición: Nocturna Ediciones, S.L.

c/ Corazón de María, 39, 8.o C, esc. dcha. 28002 Madrid

[info@nocturnaediciones.com](mailto:info@nocturnaediciones.com)

[www.nocturnaediciones.com](http://www.nocturnaediciones.com)

Primera edición en Nocturna: septiembre de 2017

Preimpresión: Elena Sanz Matilla

Impreso en España / *Printed in Spain*

Imprenta Kadmos, S.C.L.

Código IBIC: FA

ISBN: 978-84-16858-21-7

Depósito Legal: M-21530-2017

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

*Para cualquiera que se haya preguntado cómo podría  
ser su vida al final del camino que no tomó.*

*Lo que pudo haber sido y lo que ha sido  
miran a un solo fin, siempre presente.  
Resuenan pisadas en la memoria  
por el pasillo que no recorrimos  
hacia la puerta que no abrimos nunca.*

T. S. ELIOT,  
*Burnt Norton*

# UNO

Me encantan las noches de los jueves.

Parecen estar fuera del tiempo.

Es nuestra tradición; sólo nosotros tres. Noche familiar.

Mi hijo, Charlie, está sentado a la mesa dibujando en un bloc. Tiene casi quince años. Ha crecido cinco centímetros este verano y ahora es tan alto como yo.

Aparto la vista de la cebolla que estoy cortando en juliana y le pregunto:

—¿Puedo verlo?

Levanta el bloc y me enseña una cordillera que parece sacada de otro planeta.

—Me encanta. ¿Es sólo para entretenerte?

—Un trabajo de clase. Para mañana.

—Entonces, sigue con ello, don Último Momento.

Aquí de pie, en la cocina, contento y un poco borracho, ignoro que esta noche se acabará todo esto. Es el fin de todo lo que conozco, de todo lo que quiero.

Nadie te advierte que todo está a punto de cambiar, que te lo van a arrebatar. No hay una alarma de proximidad ni ninguna señal de que te hallas al borde del precipicio. Y tal vez eso sea lo que haga la tragedia tan trágica. No sólo lo que sucede, sino cómo sucede: un

golpe traicionero que surge de la nada cuando menos te lo esperas. Sin tiempo para prepararse ni encogerse.

Las luces brillan en la superficie de mi vino y empiezan a escocerme los ojos por la cebolla. Thelonious Monk da vueltas en el viejo tocadiscos del salón. Nunca me canso de la calidad de las grabaciones analógicas, sobre todo del chisporroteo de la estática entre las pistas. La sala está repleta de pilas de vinilos raros que, no dejo de repetirme, conseguiré organizar algún día de estos.

Mi mujer, Daniela, se encuentra sentada en la isla de la cocina; hace girar con una mano su copa de vino casi vacía y sujeta el móvil con la otra. Nota mi mirada fija y sonrío sin alzar la vista de la pantalla.

—Lo sé —dice—, estoy violando la norma fundamental de la noche familiar.

—¿Qué es tan importante? —pregunto.

Me observa con sus oscuros ojos españoles.

—Nada.

Me acerco a ella, le quito con delicadeza el móvil y lo dejo sobre la encimera.

—Podrías empezar a preparar la pasta —le sugiero.

—Prefiero verte cocinar a ti.

—¿Sí? —Y luego susurro—: Te pone, ¿eh?

—No, es que es más divertido beber y no hacer nada. —Tiene el aliento dulce por el vino y una de esas sonrisas que parecen arquitectónicamente imposibles. Todavía me mata.

Me termino la copa.

—Deberíamos abrir más vino, ¿no?

—Sería una estupidez no hacerlo.

Mientras libero el corcho de otra botella, vuelve a coger el teléfono y me enseña la pantalla.

—Estaba leyendo la crítica de *Chicago Magazine* sobre el programa de Marsha Altman.

—¿Han sido buenos?

—Sí, básicamente es una carta de amor.

—Me alegro por ella.

—Siempre he creído que... —No termina la frase, pero sé por dónde va.

Hace quince años, antes de conocernos, Daniela era muy prometedora en el mundo del arte en Chicago. Tenía un estudio en Bucktown, exhibía su obra en media docena de galerías y acababa de cerrar su primera exposición en Nueva York. Entonces llegó la vida. Yo. Charlie. Un ataque atroz de depresión posparto.

Descarrilamiento.

Ahora da clases particulares de Arte a estudiantes de secundaria.

—No es que no me alegre por ella. Bueno, es brillante, se lo merece todo.

—Si te consuela, Ryan Holder acaba de ganar el premio Pavia —comento.

—¿Eso qué es?

—Un galardón multidisciplinario que se otorga por los logros en Ciencias Naturales y Biológicas. Ryan lo ha ganado por su trabajo en Neurociencia.

—¿Es importante?

—Millones de dólares. Elogios. Abre las compuertas a las subvenciones.

—¿Consigues ayudantes más guapas?

—Ese es el mejor premio, evidentemente. Me invitó a una celebración informal esta noche, pero he pasado.

—¿Por qué?

—Porque es nuestra noche.

—Deberías ir.

—La verdad es que preferiría no hacerlo.

Daniela levanta su copa vacía.

—Así que estás diciendo que ambos tenemos buenos motivos para beber mucho vino.

La beso y luego le sirvo con generosidad de la botella recién abierta.

—Tú podrías haber ganado ese premio —afirma Daniela.

—Tú podrías haberte hecho con el mundo del arte en esta ciudad.

—Pero hicimos esto. —Señala los altos techos de nuestra casa de piedra rojiza. La compré antes de conocerla con la ayuda de una herencia—. Y esto —añade, apuntando a Charlie mientras dibuja con una pasión que me recuerda a ella cuando está absorta en sus cuadros.

Es extraño ser padre de un adolescente. Una cosa es criar a un niño, pero no tiene nada que ver cuando una persona que está a punto de convertirse en un adulto te mira en busca de conocimiento. Me siento como si tuviera poco que ofrecer. Sé que hay padres que perciben el mundo de cierta manera, con cierta claridad y seguridad, que saben qué decirles a sus hijos. Pero yo no soy uno de ellos. Cuanto mayor me hago, menos entiendo. Quiero a mi hijo. Lo es todo para mí. Aun así, no puedo evitar sentir que estoy fallándole. Que estoy echándole a los lobos con las migajas de mi insegura perspectiva.

Voy al armario junto al fregadero, lo abro y empiezo a buscar una caja de *fetuchini*.

Daniela se vuelve hacia Charlie y suelta:



—Tu padre podría haber ganado el Nobel.

Me río.

—Seguro que exageras —contesta él.

—Charlie, no te dejes engañar. Es un genio.

—Y tú, un encanto —declaro—, y estás un poco borracha.

—Es verdad y lo sabes. La ciencia ha avanzado menos porque quieres a tu familia.

No puedo evitar sonreír. Cuando bebe, ocurren tres cosas: su acento empieza a filtrarse, se vuelve amable de una manera agresiva y tiende a la hipérbole.

—Tu padre me dijo una noche (nunca lo olvidaré) que la investigación pura y dura te consume la vida. Me dijo... —Por un momento, para mi sorpresa, la emoción se apodera de ella. Se le empañan los ojos y sacude la cabeza como siempre que está al borde de las lágrimas. En el último segundo, se recupera y se obliga a continuar—: Dijo: «Daniela, en mi lecho de muerte preferiría tener recuerdos contigo que de un frío laboratorio esterilizado».

Miro a Charlie y advierto que pone los ojos en blanco mientras dibuja. Supongo que está avergonzado de nuestra demostración de melodrama parental.

Me quedo con la vista fija en el armario y espero a que se me vaya el dolor que se me ha instalado en la garganta.

Cuando cesa, cojo la pasta y cierro la puerta.

Daniela bebe vino.

Charlie dibuja.

El momento pasa.

—¿Dónde es la fiesta de Ryan? —pregunta Daniela.

—En el Village Tap.

—Ese es tu bar, Jason.

—¿Y?

Se acerca y me quita la caja de pasta de la mano.

—Ve a tomar algo con tu antiguo colega de la universidad. Dile que estás orgulloso de él. Con la cabeza bien alta. Felicítale también de mi parte.

—No voy a decirle que le felicitas.

—¿Por qué?

—Le gustas.

—Calla.

—Es cierto. Desde hace mucho. Cuando éramos compañeros de piso. ¿Te acuerdas de la última fiesta de Navidad? No dejaba de engañarte para que te pusieras debajo del muérdago.

Se ríe y declara:

—La cena estará en la mesa cuando llegues a casa.

—Lo que significa que debería estar de vuelta en...

—Cuarenta y cinco minutos.

—¿Qué haría yo sin ti?

Me besa.

—Ni siquiera lo pensemos.

Cojo mis llaves y la cartera del plato de cerámica junto al microondas y me dirijo al comedor con la mirada posada en la lámpara taseracto de la mesa. Daniela me la regaló en nuestro décimo aniversario de boda. El mejor regalo de mi vida.

Al llegar a la puerta principal, me grita:

—¡Vuelve con helado!

—¡De menta con trocitos de chocolate! —añade Charlie.

Alzo el brazo y levanto el pulgar.

No miro atrás.

No me despido.

Y este momento pasa desapercibido.

Es el fin de todo lo que conozco, de todo lo que quiero.

Llevo veinte años viviendo en Logan Square y no hay nada mejor que la primera semana de octubre. Siempre me recuerda la frase de F. Scott Fitzgerald: «La vida vuelve a empezar cuando refresca en otoño».

Hace fresco esta noche y el cielo está lo bastante despejado para ver un puñado de estrellas. Los bares están más bulliciosos que de costumbre, repletos de decepcionados hinchas de los Cubs.

Me detengo en la acera, bajo el resplandor de un llamativo y parpadeante cartel donde se lee «VILLAGE TAP», y me quedo mirando por la puerta abierta del típico bar de la esquina que se encuentra en todo barrio de Chicago que se precie. Este da la casualidad de que es mi abrevadero. Es el más cercano a casa, a pocas manzanas de mi edificio.

Paso de largo el cartel de neón azul de las ventanas delanteras y entro.

Matt, el camarero y propietario, me saluda con un gesto de la cabeza cuando me ve y me abro camino entre la multitud que rodea a Ryan Holder.

—Justo estaba hablándole a Daniela de ti —empiezo.

Sonríe, con un aspecto exquisitamente acicalado para el circuito de conferencias; está en forma y bronceado, su vello facial parece trabajado al detalle por un paisajista y lleva un jersey negro de cuello alto.

—¡Hostia, cuánto me alegro de verte! Me conmueve que hayas venido. ¿Cariño? —Toca el hombro desnudo de la joven que ocupa

un taburete a su lado—. ¿Te importa que mi querido amigo te robe el asiento un minuto?

La mujer abandona su taburete con diligencia y me siento junto a él.

Le hace una seña al camarero para que se acerque.

—Queremos que nos sirvas un par de lo más caro que tengas.

—Ryan, no es necesario.

Me agarra del brazo.

—Esta noche vamos a beber lo mejor.

—Tengo un Macallan de veinticinco años.

—Doble. A mi cuenta.

Cuando el camarero se va, Ryan me da un puñetazo en el brazo. Fuerte. A primera vista, no se diría que es científico. Hacía lacrosse en la universidad y todavía es ancho de hombros; tiene la facilidad de movimiento de un atleta nato.

—¿Cómo están Charlie y la encantadora Daniela?

—Genial.

—Deberías habértela traído. No la he visto desde las últimas Navidades.

—Me ha pedido que te felicite de su parte.

—Tienes una buena mujer, aunque ya lo sabíamos.

—¿Qué probabilidades hay de que sientes la cabeza en un futuro próximo?

—Pocas. La vida de soltero y sus considerables ventajas parece que me pegan. ¿Sigues en Lakemont College?

—Sí.

—Una universidad decente. Das clase a estudiantes de Física, ¿no?

—Exacto.

—Así que enseñas...

—Mecánica Cuántica. Una introducción, más que nada. Nada demasiado provocativo.

Matt regresa con nuestras bebidas, Ryan se las quita de las manos y me pone la mía delante.

—Así que esta celebración... —digo.

—Es una cosa improvisada que han organizado algunos de mis estudiantes de posgrado. No hay nada que les guste más que emborracharme y convertirme en el centro de atención.

—Has tenido un gran año, Ryan. Todavía recuerdo que estuviste a punto de catear Ecuaciones Diferenciales.

—Me salvaste el culo. Más de una vez.

Por un segundo, tras la confianza y el refinamiento, alcanzo a vislumbrar al graduado tonto, amante de la diversión, con el que compartí un asqueroso piso durante un año y medio.

—¿El premio Pavia ha sido por tu trabajo en...? —inquiero.

—La identificación del córtex prefrontal como un generador de conciencia.

—Sí, claro. Leí tu artículo.

—¿Qué opinas?

—Brillante.

Parece que se alegra de verdad por el cumplido.

—Si te soy sincero, Jason, y no se trata de falsa modestia, siempre creí que serías tú el que publicaría los artículos más importantes.

—¿En serio?

Me observa por encima de la montura negra de plástico de sus gafas.

—Por supuesto. Eres más inteligente que yo. Todo el mundo lo sabía.

Le doy un sorbo a mi whisky y evito comentar lo delicioso que está.

—Una pregunta: ¿hoy en día te ves más como profesor o como investigador?

—Yo...

—Porque yo me veo, ante todo, como un hombre que busca respuestas a las preguntas fundamentales. Bueno, si las personas a mi alrededor... —señala a los estudiantes que han empezado a amontonarse— son lo bastante agudas para asimilar conocimiento por estar simplemente cerca de mí..., genial. Pero la transmisión de conocimiento, por así decirlo, no me interesa. Lo único que importa es la ciencia. La investigación. —Noto un atisbo de irritación, de enfado, en su voz, y aumenta como si estuviera alterándose por algo.

Intento reírme.

—¿Estás molesto conmigo, Ryan? Casi parece que pienses que te he defraudado.

—Mira, he dado clases en el MIT, en Harvard, en Johns Hopkins, en las mejores universidades del planeta. He conocido a los hijos de puta más inteligentes y, Jason, habrías cambiado el mundo si hubieras decidido ir por ese camino. Si hubieras seguido por ahí. En cambio, enseñas a estudiantes de Física para que se conviertan en médicos y agentes de patentes.

—No todos podemos ser superestrellas como tú, Ryan.

—No si te rindes.

Me termino el whisky.

—Bueno, me alegro de haber venido.

Me bajo del taburete.

—No seas así, Jason. Era un cumplido.

—Estoy orgulloso de ti, tío. De verdad.

—Jason.

—Gracias por la copa.

De vuelta en la calle, camino con paso airado por la acera. Cuanta más distancia pongo entre Ryan y yo, más me enfado.

Y ni siquiera estoy seguro de con quién.

Me arde la cara.

Unos chorretones de sudor me caen por los lados.

Sin pensarlo, cruzo la calle saltándome el semáforo; al instante, registro el sonido de unos neumáticos cuya goma chirría por la calzada.

Me giro y, sin dar crédito, observo un taxi que sale disparado hacia mí.

A través del parabrisas que se aproxima, veo con claridad al conductor: un hombre con bigote y los ojos abiertos de par en par por el evidente pánico, preparándose para el impacto.

Entonces mis manos se apoyan sobre el metal caliente y amarillo del capó y el taxista se asoma por la ventana para gritarme:

—¡Imbécil, por poco te mato! ¡Usa la puta cabeza!

Empiezan a sonar atronadores cláxones detrás del taxi.

Retrocedo hacia la acera y observo cómo se reanuda la circulación.

Los conductores de tres coches distintos son tan amables de reducir la velocidad para enseñarme el dedo.

Whole Foods huele igual que una hippie con la que salí antes de Daniela: un toque a productos frescos, café molido y aceites esenciales.

Se me ha quitado la borrachera con el susto del taxi, así que echo un vistazo por las neveras en cierto estado letárgico y soñoliento.

Hace más fresco cuando vuelvo afuera; sopla un viento frío del lago que augura el invierno de mierda que aguarda a la vuelta de la esquina.

Con mi bolsa de lona repleta de helado, tomo una ruta diferente hacia casa. Añade seis manzanas, pero lo que pierdo en brevedad, lo gano en soledad, y entre lo del taxi y Ryan, necesito más tiempo para recuperarme.

Paso por una zona en obras, desierta ahora, y unas cuantas manzanas más tarde veo el patio del colegio al que asistía mi hijo, con el tobogán metálico brillando bajo la farola y los columpios meciéndose por la brisa.

Hay una energía estas noches de otoño que toca algo primitivo en mi interior. Algo de hace mucho tiempo. De mi infancia al oeste de Iowa. Pienso en los partidos de fútbol del instituto y las luces del estadio que iluminaban con intensidad a los jugadores. Huelo las manzanas madurando y el hedor agrio a cerveza de las fiestas en los campos de maíz. Siento el viento en la cara mientras voy en la parte trasera de una vieja camioneta por una carretera secundaria, de noche, y el polvo, de color rojo por las luces traseras, se arremolina al tiempo que toda mi vida se abre ante mí.

Es lo bonito de la juventud.

Hay una ingravidez que lo impregna todo porque no se ha tomado ninguna decisión condenatoria ni te has comprometido, y el camino que se bifurca delante tiene un potencial puro e ilimitado.

Me encanta mi vida, pero hace siglos que no disfruto de esa levedad del ser. Las noches de otoño como esta son lo máximo que me acerco.

El frío empieza a despejarme la cabeza.

Tengo ganas de volver a casa. Estoy pensando en encender la chimenea. Nunca la hemos puesto antes de Halloween, pero esta



noche hace un frío excesivo y lo único que quiero tras caminar tres kilómetros con este viento es sentarme junto al fuego con Daniela, Charlie y una copa de vino.

La calle va por debajo del El.

Por encima de mí cruza el herraje oxidado de las vías.

El metro de Chicago representa más a la ciudad que los propios edificios.

Esta es mi parte preferida del trayecto a casa, es la más oscura y tranquila.

En este momento...

No viene ningún tren.

No hay luces de coches en ninguna dirección.

No se advierten los ruidos de los pubs.

No hay nada más que el distante rugido de un avión en el cielo, acercándose al aeropuerto O'Hare.

Espera...

Alguien se aproxima... Se oyen unos pasos en la acera.

Miro hacia atrás.

Una sombra se precipita sobre mí y salva la distancia entre nosotros tan rápido que no puedo procesar lo que está sucediendo.

Lo primero que veo es un rostro.

Blanco como el de un fantasma.

Arriba, unas cejas arqueadas que parecen dibujadas.

Unos labios rojos fruncidos, demasiado finos, demasiado perfectos.

Y unos ojos espeluznantes, grandes y negros como el carbón, sin pupilas ni iris.

Lo segundo que veo es el cañón de una pistola a diez centímetros de la punta de mi nariz.

—Date la vuelta —me obliga una voz grave y ronca tras la máscara de geisha.

Vacilo, demasiado atónito para moverme.

Empuja la pistola contra mi cara.

Me giro.

—No estoy aquí por el dinero. Empieza a caminar —suelta antes de poder decirle que llevo la cartera en el bolsillo delantero izquierdo.

Empiezo a caminar.

—Más rápido.

Camino más rápido.

—¿Qué quieres? —pregunto.

—Mantén la boca cerrada.

Un tren pasa rugiendo por encima de nuestras cabezas y salimos de la oscuridad bajo el El mientras el corazón se me dispara en el pecho. Asimilo nuestro entorno con una repentina y profunda curiosidad. Al otro lado de la calle hay un edificio vallado y en este lado, una hilera de negocios que cierran a las cinco.

Un salón de manicura.

Un bufete de abogados.

Una tienda de reparación de electrodomésticos.

Una tienda de neumáticos.

Este vecindario es un pueblo fantasma, no hay nadie.

—¿Ves ese todoterreno? —pregunta. Hay un Lincoln Navigator negro aparcado sobre el bordillo, justo delante. Lo abre con el mando—. Siéntate en el asiento del conductor.

—Lo que sea que estés pensando hacer...

—O puedes desangrarte hasta morir aquí mismo, en la acera.

Abro la puerta y me deslizo hacia el interior, detrás de la rueda.

—Mi bolsa del supermercado —digo.

—Cógela. —Sube en el coche detrás de mí—. Arranca.

Tiro de la puerta para cerrarla y pongo la bolsa de lona de Whole Foods en el suelo, delante del asiento del copiloto. Hay tal silencio que puedo distinguir mi pulso, un martilleo rápido contra el tímpano.

—¿A qué esperas?

Aprieto el botón de arranque.

—Enciende el navegador.

Lo enciendo.

—Pulsa «Destinos anteriores».

Nunca he tenido un coche con GPS incorporado y tardo un momento en encontrar la opción en la pantalla táctil.

Aparecen tres ubicaciones.

Una de ellas es la dirección de mi casa. Otra, la universidad donde trabajo.

—¿Has estado siguiéndome? —inquiero.

—Elige «Avenida Pulaski».

Selecciono Avenida Pulaski, 1400, Chicago, 60616 Illinois, sin tener ni idea siquiera de dónde está. La voz femenina del GPS me da indicaciones:

—«Cuando sea posible, haga un cambio de sentido y continúe recto durante un kilómetro y doscientos metros».

Cambio de marcha y giro hacia una calle oscura.

—Abróchate el cinturón —me suelta el hombre de detrás. Me lo pongo mientras él hace lo propio—. Jason, para que lo tengas claro, si haces cualquier otra cosa que no sea seguir estas indicaciones al pie de la letra, te dispararé a través del asiento. ¿Entiendes lo que estoy diciéndote?

—Sí.

Paso por mi barrio y me pregunto si esta será la última vez que lo vea.

En el semáforo en rojo, me detengo delante de mi bar de la esquina. Por la ventana del pasajero, muy tintada, veo que la puerta aún está abierta. Distingo a Matt y Ryan se encuentra entre la multitud. Se ha girado en su taburete, está de espaldas a la barra, con los codos encima de la madera gastada, siendo el centro de atención de sus alumnos de posgrado. Probablemente esté cautivándolos con la horrible anécdota de advertencia sobre el fracaso de su antiguo compañero de piso.

Quiero llamarle. Hacerle ver que estoy en apuros. Que necesito...

—Verde, Jason.

Acelero en la intersección.

El GPS nos guía en dirección este por Logan Square hacia la autopista Kennedy, donde la voz femenina indiferente me indica:

—«A trescientos metros gire a la derecha y continúe recto treinta y un kilómetros».

En dirección sur no hay mucho tráfico, así que pongo el cuenta-kilómetros a cien y mantengo la velocidad. Me sudan las manos sobre el volante de piel y no puedo dejar de pensar en si voy a morir esta noche.

Se me ocurre que, si sobrevivo, me llevaré una nueva revelación para el resto de mis días: abandonamos esta vida del mismo modo que entramos, totalmente solos, sin nada. Tengo miedo y no hay nada que Daniela, Charlie o cualquier otra persona pueda hacer para ayudarme en este momento, cuando más los necesito. Ni siquiera saben lo que estoy viviendo.

La interestatal rodea el centro por el oeste. La Torre Willis y su prole de rascacielos inferiores resplandecen con una serena calidez.

Pese al miedo y al pánico, que hacen que me retuerza, mi mente se acelera y lucha por tratar de comprender lo que sucede.

Mi dirección está en el GPS, así que no ha sido un encuentro fortuito. Este hombre ha estado siguiéndome. Me conoce. Por lo tanto, alguna de mis acciones ha generado este resultado.

Pero ¿cuál?

No soy rico.

No hay nada de valor en mi vida, salvo para mí y mis seres queridos.

Nunca me han arrestado ni he cometido un crimen.

No me he acostado nunca con la esposa de otro hombre.

Sí, hago un corte de mangas a veces mientras conduzco, pero esto es Chicago.

Mi último y único altercado físico fue en sexto, cuando le di un puñetazo a un compañero por echarme leche por la espalda de la camiseta.

No he perjudicado a nadie en el más estricto sentido de la palabra. No para terminar conduciendo un Lincoln Navigator con una pistola en la nuca.

Soy físico atómico y profesor en una pequeña universidad.

Trato a mis alumnos, incluso a los peores del grupo, con mucho respeto. Si han suspendido, ha sido porque no les importaban las clases, eso para empezar, y ninguno puede acusarme de haberle arruinado la vida. Hago lo imposible por ayudarles a aprobar.

Los edificios disminuyen por el retrovisor lateral, cada vez más lejos, como un trozo del litoral familiar y reconfortante.

—¿Te he hecho algo en el pasado? —me aventuro a preguntar—. ¿O a la persona para la que trabajas? No entiendo qué puedes querer de...

—Cuanto más hables, peor será para ti.

Por primera vez, reparo en que algo en su voz me resulta familiar. No puedo precisar cuándo o dónde, pero nos hemos conocido. Estoy seguro.

Noto que me vibra el teléfono al recibir un mensaje.

Luego otro.

Y otro.

Se ha olvidado de quitarme el móvil.

Miro la hora: 21:05.

Me fui de casa hace poco más de una hora. Sin duda es Daniela preguntándose dónde estoy. Llego quince minutos tarde y yo nunca me retraso.

Miro por el espejo, pero está demasiado oscuro para ver nada, excepto una pequeña parte de la máscara fantasmal. Me arriesgo a probar algo. Aparto la mano izquierda del volante, la dejo sobre mi regazo y cuento hasta diez.

No dice nada.

Vuelvo a ponerla en el volante.

La voz automatizada rompe el silencio:

—«A siete kilómetros, tome la salida de la derecha hacia la calle Ochenta y Siete».

Aparto lentamente la mano izquierda.

Esta vez la meto en el bolsillo de mis pantalones caquis. El móvil está muy adentro y apenas lo toco con los dedos índice y el corazón, que intento usar como unas pinzas para sacarlo. Entra una llamada.

Cuando por fin lo cojo, lo pongo bocarriba sobre mis piernas y coloco la mano en el volante.

Mientras la voz del navegador actualiza la distancia de nuestra próxima salida, le lanzo una mirada al teléfono.

Tengo una llamada perdida de «Dani» y tres mensajes de texto:

DANI hace 2 min.

**La cena está en la mesa.**

DANI hace 2 min.

**Date prisa, ¡nos morimos de hambre!**

DANI hace 1 min.

**¿Te has perdido? :)**

Centro mi atención en la carretera y me pregunto si la luz del teléfono se verá desde el asiento trasero.

La pantalla táctil se apaga.

Bajo la mano, le doy al botón «ON/OFF» y paso el dedo por la pantalla. Introduzco la contraseña de cuatro dígitos y selecciono el icono verde de «Mensajes». La conversación de Daniela está arriba y mi secuestrador se remueve detrás mientras la abro.

Agarro otra vez el volante con las dos manos.

—«A tres kilómetros, tome la salida de la derecha hacia la calle Ochenta y Siete».

Termina el tiempo del salvapantallas, se activa el antibloqueo y se apaga.

Mierda.

Bajo la mano, introduzco otra vez la contraseña y empiezo a escribir el mensaje más importante de mi vida. Con el dedo índice torpe en la pantalla, necesito dos o tres intentos para completar la frase mientras el autocorrector hace estragos.

El cañón de la pistola se hunde en mi nuca.

Reacciono virando bruscamente hacia el carril de la izquierda.

—¿Qué estás haciendo, Jason?

Enderezo el volante con una mano para hacernos volver al carril derecho mientras la otra baja hacia el teléfono y se acerca a «Enviar».

El hombre se mete entre los asientos, lleva su mano enguantada hacia mi cintura y me quita el móvil.

—«A ciento cincuenta metros, tome la salida de la derecha hacia la calle Ochenta y Siete».

—¿Cuál es tu contraseña, Jason? —Como no responde, añade—: Espera, apuesto a que la sé. ¿Tu mes y año de nacimiento al revés? Vamos a ver..., tres-siete-dos-uno. Ahí está.

Por el retrovisor, advierto que el teléfono le ilumina la máscara.

Lee el texto que me ha impedido enviar: «1400 Pulaski llama al 91... Tipo malo».

Giro en la salida de la interestatal.

—«Gire a la izquierda hacia la calle Ochenta y Siete y continúe en dirección este durante seis kilómetros» —prosigue el GPS.

Nos metemos en un vecindario de South Chicago en el que no se nos ha perdido nada.

Pasamos por hileras de viviendas de los empleados de las fábricas. Proyectos de apartamentos.

Parques vacíos con columpios oxidados y aros de baloncesto sin red.

Tiendas cerradas de noche tras las puertas de seguridad.

Pintadas de pandilleros por todas partes.

—Y bien, ¿la llamas Dani o Daniela?

La ira, el miedo y la impotencia aumentan en mi interior.

—Jason, te he hecho una pregunta.

—Vete a la mierda.

Se acerca y noto el calor de sus palabras en mi oído:



—No vayas por ese camino. Te haré más daño del que te hayan hecho en tu vida. Sentirás un dolor que ni siquiera sabes que es posible. ¿Cómo la llamas?

Aprieto los dientes.

—Daniela.

—¿Nunca Dani? ¿Aunque eso sea lo que ponga en tu teléfono? Me veo tentado a acelerar y matarnos a ambos.

—Casi nunca. No le gusta.

—¿Qué hay en la bolsa del supermercado?

—¿Por qué quieres saber cómo la llamo?

—¿Qué hay en la bolsa?

—Helado.

—Noche familiar, ¿verdad?

—Sí.

Por el espejo, le veo escribiendo en mi móvil.

—¿Qué pones?

No contesta.

Ya hemos dejado el gueto y pasamos por tierra de nadie. Ni siquiera parece que estemos en Chicago; los rascacielos no son más que una mancha luminosa en el lejano horizonte. Las casas se desmoronan, sin luz y sin vida. Todo está abandonado desde hace mucho tiempo.

Cruzamos un río y justo enfrente encontramos el lago Michigan, cuya negra extensión es un desenlace adecuado para esta jungla urbana.

Como si el mundo acabara aquí.

Y quizás el mío lo haga.

—«Gire a la derecha y continúe ochocientos metros por la avenida Pulaski hasta su destino».

Se ríe por lo bajo.

—¡Vaya! Tienes un problema con tu señora. —Aprieto el volante—. ¿Quién era el hombre con el que te estabas tomando un whisky esta noche, Jason? No lo he visto desde fuera.

Está muy oscuro aquí, en la frontera entre Chicago e Indiana. Pasamos las ruinas de un patio de maniobras y unas fábricas.

—Jason.

—Se llama Ryan Holder. Era mi...

—Tu antiguo compañero de piso.

—¿Cómo lo sabes?

—¿Sois amigos íntimos? No lo veo en tus contactos.

—La verdad es que no. ¿Cómo sabes...?

—Lo sé casi todo sobre ti, Jason. Podría decirse que me he especializado en tu vida.

—¿Quién eres?

—«En ciento cincuenta metros llegará a su destino».

—¿Quién eres?

No responde. Mi atención empieza a apartarse de él y se centra en nuestro entorno, cada vez más remoto.

La calzada fluye bajo los faros delanteros del todoterreno.

Nada detrás de nosotros.

Nada delante.

El lago a mi izquierda, almacenes desiertos a mi derecha.

—«Ha llegado a su destino».

Detengo el Navigator en medio de la calle.

—La entrada está ahí delante, a la izquierda —me indica.

Las luces delanteras rozan un tramo de valla de unos trescientos metros que se tambalea, coronado con una tiara de alambre de espiño oxidado. La puerta está entreabierta y han cortado la cadena que

alguna vez la mantuvo cerrada, ahora enrollada en las hierbas al borde de la carretera.

—Dale un empujoncito a la puerta con el parachoques.

Incluso desde el interior del todoterreno casi insonorizado se oye alto el chirrido de la puerta al abrirse. Los conos de luz iluminan lo que queda de carretera: el pavimento está agrietado y combado por todos los años de duros inviernos en Chicago.

Enciendo las luces largas.

El haz inunda un aparcamiento, donde las farolas están volcadas por todas partes como cerillas esparcidas.

Más allá aparece una estructura en expansión.

La fachada de ladrillo del edificio devastado por el paso del tiempo está flanqueada por unos enormes tanques cilíndricos y un par de chimeneas de treinta metros de altura que se alzan al cielo.

—¿Qué es este lugar? —pregunto.

—Aparca y para el motor.

Detengo el coche, lo dejo en punto muerto y paro el motor.

Se produce un silencio sepulcral.

—¿Qué es este lugar? —repito.

—¿Qué planes tienes el viernes?

—¿Perdona?

Un golpe fuerte en el lateral de mi cabeza me lanza contra el volante y me deja atontado, preguntándome durante medio segundo si esto es lo que se siente cuando te disparan.

Pero no, sólo me ha dado con la pistola.

Llevo la mano al punto de impacto.

Aparto los dedos, pegajosos por la sangre.

—Mañana —insiste—. ¿Qué tienes pensado hacer mañana?

Mañana. Parece un concepto extraño.

—Voy a... examinar a la clase FIS 3316.

—¿Qué más?

—Eso es todo.

—Quítate la ropa.

Miro por el retrovisor.

¿Por qué coño quiere que me desnude?

—Si ibas a intentar algo, deberías haberlo hecho mientras tenías el control del coche —apunta—. A partir de ahora eres mío. Bueno, quítate la ropa; como tenga que repetírtelo, te haré sangrar. Mucho.

Me desabrocho el cinturón.

Me aferro a una mínima esperanza mientras me bajo la cremallera de la sudadera con capucha y encojo los hombros para sacar los brazos de las mangas: aún lleva la máscara, lo que significa que no quiere que le vea la cara. Si tuviera en mente matarme, no le importaría que pudiera identificarlo.

¿Verdad?

Me desabrocho la camisa.

—¿Los zapatos también?

—Todo.

Me quito las zapatillas de correr y los calcetines.

Me bajo los pantalones y los calzoncillos.

Luego coloco la ropa —hasta el último hilo— en un montón sobre el asiento del copiloto.

Me siento vulnerable.

Desprotegido.

Extrañamente avergonzado.

¿Y si intenta violarme? ¿De eso se trata?

Deja una linterna en el compartimento que está entre los asientos.

—Sal del coche, Jason.

Me doy cuenta de que percibo el interior del Navigator como una especie de salvavidas. Mientras esté dentro, no podrá hacerme daño.

No mancharía todo.

—Jason.

Estoy jadeando. Comienzo a hiperventilar y unos puntos negros estallan en mi campo de visión.

—Sé lo que estás pensando —reconoce— y puedo hacerte el mismo daño dentro del coche.

No estoy aspirando suficiente oxígeno. Empiezo a perder los estribos.

—Chorradas. No quieres que ponga todo perdido —consigo decir sin aliento.

Cuando recobro el conocimiento, está sacándome a rastras del asiento delantero por los brazos. Me deja caer en la gravilla, donde me incorporo, aturdido, y espero a que la cabeza se me despeje.

Siempre hace más frío cerca del lago y esta noche no es una excepción. El viento me corta la piel desnuda a cuchillazos; tengo la carne de gallina.

Está tan oscuro que se quintuplica el número de estrellas que suelo ver en la ciudad.

La cabeza me da punzadas y un hilo de sangre fresca me baja por el lateral de la cara. Pero una carga máxima de adrenalina sale disparada por mi organismo y atenúa el dolor.

Tira una linterna al suelo, a mi lado, e ilumina con la suya el edificio en proceso de desintegración que vi cuando llegamos.

—Tú primero.

Cojo la linterna con la mano y me pongo en pie con dificultad. Me tambaleo hacia el edificio y mis pies descalzos pisotean periódicos empapados. Esquivo unas latas de cerveza aplastadas y galones de cristal que brillan bajo el haz de luz.

Al acercarme a la entrada principal, me imagino el aparcamiento otra noche. Una noche que está por llegar. Estamos a principios de invierno y, a través de una cortina de nieve, la oscuridad se halla adornada de luces intermitentes azules y rojas. Las ruinas están plagadas de detectives y perros rastreadores, y mientras examinan mi cuerpo en alguna parte de la estructura, desnudo, descompuesto y muerto, un coche patrulla aparca delante de mi casa en Logan Square. Son las dos de la madrugada y Daniela se acerca a la puerta en camión. Llevo semanas desaparecido y en el fondo sabe que no voy a regresar, cree que ya ha admitido esa brutal realidad, pero, al ver a los jóvenes policías de ojos duros y serenos, los hombros espolvoreados de nieve y las gorras con visera colocadas respetuosamente debajo del brazo..., se le rompe algo en el interior que no sabía que aún estaba intacto. Nota que se le licuan las rodillas, se queda sin fuerzas y se hunde en el felpudo. Charlie baja las escaleras, que crujen tras él, con cara de sueño y despeinado, y pregunta:

—¿Es sobre papá?

Al acercarnos a la estructura, dos palabras se revelan en el ladrillo descolorido sobre la entrada. Las únicas letras que puedo distinguir son «CENTRAL ELÉCTR I AGO».

Me obliga a pasar por una abertura.

Nuestras linternas iluminan una recepción.

Los muebles están podridos hasta el armazón metálico.

Hay un viejo dispensador de agua.

Los restos de la hoguera de alguien.

Un saco de dormir hecho trizas.

Condomes usados en una alfombra mohosa.

Entramos en un largo pasillo.

Si no llevásemos las linternas, estaría tan oscuro que no nos veríamos ni la mano delante de la cara.

Me detengo para enfocar más adelante, pero la negrura se traga la luz. Hay menos escombros en el suelo de linóleo combado bajo mis pies y no se oye nada, salvo el suave y lejano gemido del viento.

Hace más frío.

Lleva el cañón de la pistola a mis riñones para obligarme a seguir.

¿En qué momento caí en el radar de un psicópata que decidió averiguar todo sobre mí antes de matarme? A menudo hablo con desconocidos. Tal vez entablamos una breve conversación en la cafetería próxima al campus. O en el metro. O tomando una cerveza en mi bar de la esquina.

¿Tiene planes para Charlie y Daniela?

—¿Quieres oírme suplicar? —pregunto, y mi voz empieza a quebrarse—. Porque lo haré. Haré todo lo que quieras.

Y lo más horrible es que es verdad. Me deshonraría. Le haría daño a otra persona, haría casi cualquier cosa si me llevase a mi barrio y dejara que esta noche continuase como se suponía que debía hacerlo, en casa con mi familia, llevándoles el helado que había prometido.

—¿Si qué? —inquire—, ¿si te dejara marchar?

—Sí.

El sonido de su risa retumba por el pasillo.

—Me daría miedo ver todo lo que estarías dispuesto a hacer para salir de este lío.

—¿Qué es «este lío» exactamente?

Pero no responde.

Caigo de rodillas.

Mi linterna se desliza por el suelo.

—Por favor —imploro—, no tienes que hacer esto. —Apenas reconozco mi voz—. Puedes marcharte. No sé por qué quieres hacerme daño, pero recapacita un momento. Quiero...

—Jason.

—... a mi familia. Quiero a mi mujer. Quiero...

—Jason.

—... a mi hijo.

—¡Jason!

—Haré lo que sea.

Tiemblo incontroladamente por el frío, por el miedo.

Me da una patada en el estómago y, mientras el aire abandona mis pulmones en un estallido, me giro para quedarme bocarriba. Se coloca encima de mí y empuja el cañón de la pistola entre mis labios; me lo introduce en la boca, hacia el fondo de la garganta, hasta que el sabor a aceite viejo y residuo de carbono es más de lo que puedo soportar.

Dos segundos antes de que vomite el vino y el whisky que he bebido esta noche, retira el arma.

—¡Levántate! —grita.

Me agarra del brazo y tira de mí para ponerme de pie.

Me apunta a la cara y pone la linterna en mis manos.

Observo la máscara mientras ilumino la pistola.

Es la primera vez que me fijo bien. No sé apenas nada sobre armas, más allá de que se trata de un revólver, que tiene un percutor, un cilindro y un agujero gigantesco al final del cañón que parece perfectamente capaz de matarme. El haz de mi linterna le da un to-



que cobrizo a la punta de la bala dirigida a mi cara. Por algún motivo, me imagino a este hombre en un piso de una sola habitación, cargando los cartuchos en el cilindro, preparándose para hacer lo que ha hecho.

Voy a morir aquí, quizás ahora mismo.

Cada instante podría ser el último.

—Muévete —gruñe.

Empiezo a caminar.

Llegamos a un cruce y giramos hacia un pasillo distinto, más ancho, más alto, arqueado. El ambiente es sofocante por la humedad. Oigo el distante goteo..., plop..., plop..., del agua al caer. Las paredes están hechas de cemento; en vez de linóleo, el suelo está cubierto de musgo, que se torna más espeso y húmedo a cada paso.

Todavía me perdura el sabor de la pistola en la boca, mezclado con la acidez de la bilis.

Tengo partes de la cara entumecidas por el frío.

Una vocecita en mi cabeza me grita que haga algo, que intente algo, lo que sea. No permitas que te lleven al matadero como un cordero, colocando un pie tras otro obedientemente. ¿Por qué se lo pones tan sencillo?

Fácil.

Porque tengo miedo.

Tengo tanto miedo que apenas puedo caminar derecho.

Y mis pensamientos están fracturados y multiplicados.

Ahora entiendo por qué las víctimas no se resisten. No me imagino intentando reducir a este hombre, intentando huir.

Y esta es la verdad más vergonzosa: hay una parte de mí que preferiría terminar de una vez, porque los muertos no sienten miedo ni

dolor. ¿Significa eso que soy un cobarde? ¿Es la última verdad a la que debo enfrentarme antes de morir?

No.

Tengo que hacer algo.

Salimos del túnel hacia una superficie metálica, helada cuando entra en contacto con las plantas de mis pies. Me agarro a una barandilla oxidada que rodea una plataforma. Aquí hace más frío y la sensación de estar a la intemperie es inconfundible.

Como en un temporizador, una luna amarilla se acerca sigilosa al lago Michigan, ascendiendo despacio.

Su luz se cuela por las ventanas superiores de la amplia sala e ilumina lo bastante para que pueda ver todo sin necesidad de la linterna.

Se me revuelve el estómago.

Estamos en lo alto de unas escaleras que descienden unos quince metros.

Por el modo en que la luz antigua cae sobre una fila de generadores inactivos abajo y la celosía de vigas arriba, aquí dentro es como una pintura al óleo.

Tan tranquilo como una catedral.

—Vamos a bajar —dice—. Cuidado por dónde pisas.

Lo hacemos.

A dos peldaños del segundo rellano más alto, me giro con la linterna en la mano y apunto a su cabeza...

... y no le alcanzo a nada; el impulso me lleva justo adonde empecé, un poco más allá.

Pierdo el equilibrio y me caigo, dándome un buen golpe contra el rellano.

La linterna se me resbala y desaparece por el borde.

Un segundo más tarde, la oigo reventarse contra el suelo a doce metros.

Mi captor me observa detrás de esa máscara inexpresiva, con la cabeza inclinada y la pistola apuntándome a la cara.

La martillea y se acerca a mí.

Me quejo cuando lleva su rodilla a mi esternón para inmovilizarme contra el rellano.

El arma roza mi cabeza.

—Tengo que admitir que me enorgullece que lo hayas intentado —declara—. Ha sido patético. Lo veía venir a un kilómetro, pero al menos has caído luchando.

Retrocedo ante un fuerte pinchazo en el lateral del cuello.

—No te resistas.

—¿Qué me has inyectado?

Antes de que pueda contestar, algo se abre camino por mi barrera hematoencefálica como un camión de dieciocho ruedas. Me siento extremadamente pesado y a la vez ligero; el mundo da vueltas y se pone del revés.

Y entonces, tan rápido como ha llegado, se pasa.

Me clava otra aguja en la pierna.

Mientras grito, tira las dos jeringuillas por el borde de las escaleras.

—Vamos.

—¿Qué me has puesto?

—¡Levántate!

Me valgo de la barandilla para levantarme. Me sangra la rodilla por la caída. Todavía me sangra la cabeza. Tengo frío, estoy sucio, mojado y los dientes me castañetean tanto que parece que se me vayan a romper.

Descendemos y la endeble estructura de acero tiembla con nuestro peso. Al final, nos apartamos del último peldaño y pasamos junto a una fila de viejos generadores.

Desde aquí abajo, la sala parece incluso más grande.

Se detiene a mitad de camino e ilumina con la linterna un talego apoyado en uno de los generadores.

—Ropa nueva. Date prisa.

—¿Ropa nueva? No...

—No tienes que entender nada, sólo vístete.

Entre todo el miedo registro un temblor de esperanza. ¿Va a perdonarme la vida? ¿Para qué otra cosa iba a hacer que me vistiera? ¿Tengo posibilidad de sobrevivir?

—¿Quién eres? —pregunto.

—Date prisa. No te queda mucho tiempo.

Me agacho junto al talego.

—Aséate un poco antes.

Hay una toalla encima, que uso para limpiarme el barro de los pies y la sangre de la rodilla y de la cara. Me pongo unos calzoncillos y unos vaqueros que me quedan bien. Lo que sea que me haya inyectado creo que ahora lo siento en los dedos; noto una pérdida de destreza mientras me abrocho con torpeza los botones de una camisa a cuadros. Meto los pies sin esfuerzo en unos caros mocasines de piel. Son tan cómodos como los vaqueros.

Ya no tengo frío. Es como si hubiera un núcleo de calor en el centro de mi pecho que irradia por mis brazos y mis piernas.

—La chaqueta también.

Saco una chaqueta de cuero negra del fondo de la bolsa e introduzco los brazos por las mangas.

—Perfecto —sentencia—. Ahora, siéntate.

Me apoyo en la base de hierro del generador. Se trata de una gran máquina del tamaño de una locomotora.

Se sienta frente a mí, apuntándome con indiferencia.

La luz de la luna inunda la estancia, refractando en las ventanas rotas en lo alto, dispersándola, de tal modo que alcanza...

Una maraña de cables.

Engranajes.

Tuberías.

Palancas y poleas.

Paneles de instrumentación cubiertos de mandos e indicadores resquebrajados.

Tecnología de otra época.

—¿Y ahora qué? —digo.

—Esperamos.

—¿A qué?

Hace un gesto con la mano para desestimar mi pregunta.

Una extraña calma me embarga. Una sensación de paz fuera de lugar.

—¿Me has traído aquí para matarme?

—No.

Me siento cómodo apoyado en la vieja máquina, como si estuviera hundiéndome en ella.

—Pero has dejado que lo creyera.

—No había otra manera.

—¿Otra manera de qué?

—De traerte.

—¿Por qué estamos aquí?

Se limita a negar con la cabeza mientras mete la mano izquierda por debajo de la máscara de geisha para rascarse.

Me siento raro.

Como si estuviera viendo una película y a la vez actuase en ella.

Una irresistible somnolencia me recorre los hombros.

Bajo la cabeza.

—Déjate llevar —musita.

Pero no le hago caso. Me resisto, pensando en lo rápido que ha cambiado su tono. Es un hombre distinto y la desconexión entre quién es en este instante y la violencia que ha mostrado hace unos minutos tendría que aterrorizarme. No debería mostrarme tan apacible, pero mi cuerpo se encuentra demasiado tranquilo.

Me siento profundamente sereno, ausente.

—Ha sido un largo camino. Me cuesta creer que esté aquí sentado de verdad, mirándote, hablando contigo —comenta, casi como una confesión—. Sé que no lo entiendes, pero tengo mucho que preguntarte.

—¿Sobre qué?

—¿Cómo es ser tú?

—¿A qué te refieres?

Vacila y luego continúa:

—¿Cómo te sientes con el lugar que ocupas en el mundo, Jason?

—Una cuestión interesante, si tenemos en cuenta la noche que me has hecho pasar —contesto despacio.

—¿Eres feliz con tu vida?

A la sombra de este momento, es extremadamente hermosa.

—Tengo una familia increíble. Un trabajo que me hace sentirme realizado. Vivimos con comodidad. Nadie está enfermo. —Noto la lengua hinchada. Empiezo a arrastrar las palabras.

—¿Pero?

—Mi vida es genial —aseguro— pero no extraordinaria. Hubo un tiempo en el que podría haberlo sido.

—Mataste tu ambición, ¿no?

—Murió por causas naturales. Por negligencia.

—¿Y sabes cómo ocurrió? ¿Hubo un momento en que...?

—Por mi hijo. Tenía veintisiete años y Daniela y yo llevábamos juntos unos meses. Me dijo que estaba embarazada. Nos estábamos divirtiendo, no era amor. O tal vez sí, no lo sé. Lo que estaba claro es que no buscábamos formar una familia.

—Pero lo hicisteis.

—Cuando eres científico, con veintitantos años te encuentras en un momento crítico. Si no has publicado algo importante antes de los treinta, te jubilan. —Quizá sea la droga, pero me siento muy bien hablando. Un oasis de normalidad después de las dos horas más disparatadas que jamás he vivido. Sé que no es verdad, pero es como si no fuera a pasar nada malo mientras continuemos conversando. Como si las palabras me protegieran.

—¿Trabajabas en algo importante?

Ahora tengo que concentrarme en mantener los ojos abiertos.

—Sí.

—¿Y qué era? —Su voz suena distante.

—Intentaba crear una superposición cuántica de un objeto visible para el ojo humano.

—¿Por qué abandonaste tu investigación?

—Cuando Charlie nació, tuvo graves problemas médicos durante su primer año de vida. Requería mil horas en una sala blanca y no podía atender todo. Daniela me necesitaba. Mi hijo me necesitaba. Perdí mi financiación. Perdí mi momento. Fui el nuevo joven genio por un minuto, pero, cuando fallé, otro ocupó mi lugar.

—¿Te arrepientes de la decisión que tomaste al quedarte con Daniela y formar una vida con ella?

—No.

—¿Nunca?

Pienso en ella y la emoción se abre camino, acompañada por el horror del momento. El miedo vuelve y, con él, una añoranza que cala bien hondo. En este instante, la necesito más que nunca.

—Nunca.

Me encuentro tumbado en el suelo, con la cara en el cemento frío, y la droga me lleva lejos.

Él está arrodillado junto a mí, me pone bocarriba y contemplo la luz que entra a través de las ventanas altas de este lugar olvidado. La oscuridad se arruga por las sacudidas de luz y color mientras unos huecos vacíos y turbulentos se abren y se cierran al lado de los generadores.

—¿La volveré a ver?

—No lo sé.

Quiero preguntarle por millonésima vez qué pretende de mí, aunque no encuentro las palabras.

Se me cierran los ojos e intento mantenerlos abiertos; es una batalla perdida.

Se quita un guante y me roza la cara con la mano.

De forma extraña.

De forma delicada.

—Escúchame —suelta—: tendrás miedo, pero puedes hacerlo tuyo. Puedes tener todo lo que nunca tuviste. Siento haberte asustado antes, pero debía hacerlo para traerte aquí. Lo siento, Jason. Lo hago por los dos.

«¿Quién eres?», muevo los labios sin pronunciar las palabras.

En vez de contestarme, introduce la mano en el bolsillo y saca otra jeringuilla y una ampolla de cristal con un líquido transparente; a la luz de la luna brilla como el mercurio.



Destapa la aguja y la jeringa absorbe el contenido del frasco.

Mientras mis párpados caen lentamente, veo que se sube la manga del brazo izquierdo y se inyecta.

Luego tira ambas cosas entre nosotros, en el cemento, y lo último que veo antes de que se me cierren los ojos del todo es la ampolla de cristal rodando hacia mi cara.

—¿Y ahora qué? —susurro.

—No me creerías si te lo contara —responde él.

**SIGUE LEYENDO**

# MATERIA OSCURA

BLAKE CROUCH



ISBN: 978-84-16858-21-7 | PVP: 17,00 € | A la venta: 11-9-2017

 NOCTURNA  
EDICIONES

[www.nocturnaediciones.com](http://www.nocturnaediciones.com)